



**TAMARA
KAMENSZAIN**

**LIBROS
CHIQUITOS**

Colección Lector&s



Libros chiquitos

Libros chiquitos

Tamara Kamenszain

Lector&s

Colección dirigida por Graciela Batticuore

Índice de contenido

Portadilla

Legales

I. Ver hacer

Leer estribillos

¿Se escucha?

Yo no sé

Cómo leer

Las tretas de las débiles

Ensayitos bonsái

Las novelitas de las chicas

Pasión materna

La biblioteca

II. Leer por dinero

Cómo me hice periodista

Una maestra ignorante

Primero publicar, después escribir

III. Una coda

Lectores chiquites

Lista de obras mencionadas

Kamenzain, Tamara

Libros chiquitos / Tamara Kamenzain. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ampersand, 2020.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4161-37-6

1. Lectura. 2. Literatura. 3. Autobiografías. I. Título.

CDD 808.803

Colección Lector&s

Primera edición, Ampersand, 2020

Derechos exclusivos reservados para todo el mundo

Cavia 2985, 1 piso (C1425CFF)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

© 2020 Tamara Kamenzain

© 2020 de la presente edición en español, Esperlurette SRL,
para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Diego Erlan

Corrección: Belén Petrecolla y Luisa Arditi

Diseño de colección y de tapa: Thölon Kunst

Maquetación: Silvana Ferraro

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-4161-37-6

Este libro es para Manu, Julita y Vicente,
adorados lectores chiquites.

**I
VER HACER**

En *Ensaio de voo* ('Ensayo de vuelo') de Paloma Vidal, un libro de 45 páginas -en realidad de 22 y media, si consideramos que está impreso solo a página impar-, la narradora nos anuncia en presente que lo está escribiendo en un viaje de avión entre Buenos Aires y São Paulo. Le faltan dos horas para llegar a destino y calcula que, con esta frenética corrida de escritura que está emprendiendo en el bloc de notas de su celular, alcanzará unas 55 palabras por minuto, cosa que al final del viaje le aportaría -"si no paro, si no desacelero, si no levanto la cabeza"- unas 6.600 al texto. Antes de empezar a escribir, ella había estado leyendo en el avión los comienzos de los dos libros que traía en el bolso de mano: *La habitación alemana* de Carla Maliandi y *Buena alumna* de Paula Porroni. Ese picoteo por dos libros a la vez, cuyos argumentos se parecen entre sí ("dos chicas que hicieron las maletas, atravesaron el océano, y fueron a vivir a Europa") operó para ella como un impulso irrefrenable de escritura.

No importa tanto que yo, a mi vez, narre aquí los pormenores de *Ensaio de voo*, donde la escritora se detiene en tratar de entender el porqué de que esas dos chicas hayan decidido emigrar de su país solas, promediando los 40 años, y sin saber muy bien cómo se las arreglarían al llegar a destino. Tampoco importa que diga aquí que estos dos comienzos de libros la impulsan a preguntarse por el destino de su propia hermana, quien también acababa de tomar la decisión intempestiva de emigrar a Francia sin ningún plan concreto de supervivencia. Lo que sí importa, en estas circunstancias mías, es que confiese que la lectura de estas páginas se transformó para mí, como para Vidal los dos comienzos de los libros de las chicas (*moças*, en portugués), en la motivación para empezar a escribir este libro. A diferencia de ella, yo no estoy en un avión ni escribo

en mi teléfono; pero, como en el caso de *Ensaio de voo*, este libro mío también empezó con un cálculo de palabras. Cuando la editorial que me lo encargó me puso a consideración un contrato que en una de sus cláusulas aludía a un límite mínimo y uno máximo de caracteres, tocó uno de mis flancos vulnerables: la extensión de lo que escribo, que siempre me parece escasa. Irremediablemente sufro pensando que nunca voy a alcanzar una cantidad de páginas razonable para los parámetros de lo que se considera un libro. Por suerte, cuando les comenté esta dificultad mía, amablemente los editores retiraron la cláusula para que yo pudiera escribir “sin presiones” (aunque no sé si esto será posible en un libro que se hace por encargo).

Por su parte, Vidal se había autoencargado 6.600 palabras hasta llegar a destino evitando incluso, con el fin de avanzar, los ofrecimientos gastronómicos de las azafatas. Creo recordar que fui yo la que le recomendó que leyera *Buena alumna* cuando estuvo en Buenos Aires por unos días, antes de tomarse el avión que la devolvería a São Paulo con una cantidad de palabras de sobrepeso. Ella es la traductora de mis libros al portugués y juntas venimos teniendo una larga relación de lecturas y escrituras que nos hermanan hasta el límite de la simbiosis. Si Vidal es capaz de disfrazarse de mí para escribir de nuevo lo que yo ya había escrito pero en otra lengua, seguramente tiene también la curiosidad de leer los libros que yo leo. Yo, a mi vez, atada a ese movimiento de ida y vuelta por el aire entre São Paulo y Buenos Aires, necesité leer lo que ella escribió y traducir aquí algo de eso en forma breve y urgente, como un modo de hacer arrancar mi propio libro encargado.

Parece haber siempre una cadena de libros que impulsan la escritura de otros –para Paloma los de Maliandi y Porróni, para mí el de ella, pero antes también los de las *moças*– y parece ser que leer es así de dinámico cuando lo que

provoca es un entramado de escrituras. Entonces, no sé cómo mi propio libro va a seguirlo, pero lo que es seguro es que la lectura de *Ensaio de voo* me aclara algo: leer y escribir es una dupla que solo puede separarse cuando se levanta la cabeza de las páginas ajenas para volver a inclinarla en las propias. Ya sé, estoy diciendo algo que es una obviedad para cualquier escritor. Pero me interesa que quede claro de entrada porque si escribo escaso -libros chiquitos- también leo poco o, mejor dicho, con la escasez que significa limitarse a buscar algo que a veces, como le pasó a Vidal, es solo un comienzo. Macedonio llama *lectura de trabajo* a esa que él desearía para su lector ideal, una “lectura de ver hacer, sentirás lo difícilmente que la voy tendiendo ante ti. Trabajo de formularla; lectura de trabajo: leerás más como un lento venir viniendo que como una llegada”. Es evidente que a él no le interesa un lector erudito de esos que leen hasta la última página en función de la llegada. En cambio, parece preferir a ese otro lector que en el lento venir viniendo de la lectura vislumbra, como a través de una vía regia, la tarea que lo está esperando y hacia ahí escapa. Tal vez sea por eso que el *Museo de la novela de la Eterna* está estructurado como una sucesión de prólogos. Se trata de uno de esos libros que, con el fin de dejar entrar el deseo de escribir de quien los lee, se achican justamente cuando parece que van a crecer.

Entonces, si yo llego a separar lo que mientras leo me sirve para abandonar la lectura, podría armar una antología de lecturas de trabajo. Inútiles si lo que se busca es adquirir erudición, pero absolutamente útiles para ponerse a escribir. Sin embargo, no se lee para escribir como el autor, sino simplemente para escribir, nos asegura Roland Barthes, cuyo libro *La preparación de la novela* es un antologable por excelencia. Especie de museo francés de la novela de la eterna, puro comienzo de comienzos, este libro voluminoso es capaz de reducirse a cada momento hasta llegar al tamaño de un haiku (el procedimiento poético que, según el

pensador, estaría en la base de la preparación de cualquier novela).

Por lo tanto, si occidentalizo un poco mi posible antología diría, para empezar este libro, que la poesía, un género chiquito que a golpe de cortes impide, desde la frase misma, cualquier tentativa de extensión, va a ser mi primer antologable. Es esa lectura que me acompaña desde la adolescencia y en la que vivo siempre distraída, siempre levantando la cabeza para anotar algo mío en los despejados márgenes que generosamente me brindan los poemas de los otros.